

Las ciencias sociales se enfrentan a una realidad fragmentada

La disolución de la tradicional estructura de clases ha despertado nuevas preocupaciones como el determinismo técnico y biológico, la globalización o la cuestión de la ciudadanía.

Texto: Enrique Gil Calvo

+ Más información sobre Pensamiento +

Tino Gatagán

En 1976, la teoría social reflejaba la división entre los dos bloques. A la derecha, la sociología estructural-funcionalista, con autores como Dahrendorf en cabeza, y a la izquierda, el marxismo estructural de Althusser y la sociología crítica de Bourdieu o Habermas. Sin embargo, ambas perspectivas compartían la misma concepción del mundo basada en el determinismo económico, cuya necesidad histórica estabilizaba la estructura de clases. Pero con la crisis de la sociedad industrial, la lucha teórica se agotó por empate a cero, iniciándose el deshielo de ambos bloques que, durante la posguerra fría, comenzaron a revisar sus versiones rivales del determinismo infraestructural. Esto supuso la muerte tanto de Marx como del funcionalismo, ambos sepultados por la resurrección de Weber. Así se rompió la unidad determinista de la ciencia social, cuyos fragmentos se independizaron cobrando autonomía propia. Ante todo, la economía renunció a Keynes, retornando al paradigma neoclásico. Y su ejemplo afectó a las demás ciencias sociales, que sufrieron la denostada invasión de los economistas.

Huida del determinismo

De este cruce nació el marxismo analítico, que con Jon Elster conjugó la lucha de clases con la teoría de juegos, adoptando los modelos de elección racional y acción colectiva y acabando por confluir con el neoinstitucionalismo de Mancur Olson y Douglass North. Pero los demás prófugos del determinismo se independizaron del imperialismo económico, asumiendo una weberiana autonomía. Así surgió la sociología histórica de Theda Skocpol y Charles Tilly, que elevó al Estado al primer plano del protagonismo histórico. Esto implicaba degradar a las clases sociales, hasta entonces tenidas por sujetos únicos de la historia, cuyo papel fue suplantado por otros actores: como el nacionalismo, cuya invención analizaron Ernest Gellner o Benedict Anderson, o los movimientos sociales, investigados por Tilly o Sidney Tarrow.

Y esta primacía de la política también se tradujo en dos cuestiones prioritarias. La crítica del corporatismo keynesiano, iniciada por autores como Schmitter (y aquí adoptada por Salvador Giner o Víctor Pérez Díaz), dio lugar al debate sobre la crisis del Estado de bienestar, destacando Gösta Esping-Andersen. Y en paralelo ha proseguido la crítica de la democracia de partidos, que denunciando el déficit de representación (causante de la corruptora autonomía de una oligarquizada clase política), reclama la profundización de la democracia para hacerla más participativa, a partir de autores como Elster, Chantal Mouffe y Bernard Manin. Aquí destacan esos sujetos políticos emergentes que son los nuevos movimientos sociales (feminismo, ecopacifismo, etcétera), que con su posmaterialismo desinteresado y altruista (tal como lo definió Ronald Inglehart) están dinamizando y diversificando las alternativas radicales a la hoy venal y anquilosada sociedad civil.

Pero al igual que el campo de la política, también el de la cultura pasó a independizarse del determinismo socioeconómico, reivindicando una autonomía propia. Un pionero fue Edgar Morin, promotor y propagandista de la segunda cibernética (luego adoptada entre nosotros por el fallecido Jesús Ibáñez, primer comentarista de teoría social que tuvo EL PAÍS). De allí procede la teoría de sistemas autorreferentes que propuso Niklas Luhmann, continuador del holismo de Parsons. Pero su carácter críptico le ha restado audiencia, por lo que la autonomía de la cultura es más conocida por otras escuelas distintas. Aquí destaca el influyente sociólogo californiano Jeffrey Alexander, con su programa fuerte de sociología cultural, por el que reclama para el plano cognitivo la consideración de causa última o variable independiente, en línea con el normativismo parsoniano del que es heredero.

Y con su propuesta, Alexander no hace sino cabalgar una ola mucho más amplia de culturalismo (o culturología), que ha hecho de los cultural studies la estrella de los campus anglosajones. Esta moda empezó con la crítica del posmodernismo emprendida por marxistas como Frederic Jameson o Marshall Berman, pero después se transmutó en apología de la posmodernidad, haciendo de los posestructuralistas franceses Michel Foucault y Jacques Derrida, los grandes profetas del radicalismo estadounidense. Pero no todo es mera moda académica, pues en la nueva teoría de la cultura hay cosas más serias, casi todas procedentes del campo de la antropología, con el estadounidense Clifford Geertz y los británicos Victor Turner y Mary Douglas en cabeza.

Tres líneas divisorias

En suma, la ciencia social se halla tan fragmentada como la propia estructura de clases, hoy disuelta por el estallido de la sociedad posindustrial. Y en su disperso mosaico cabe reconocer tres líneas divisorias. Ante todo se mantiene la frontera entre determinismo y libertad, sólo que aquél ya no es hoy económico ni estructural, sino tecnológico y sobre todo biológico, pues el nuevo imperialismo que invade las ciencias sociales lo ejerce ahora el gen egoísta de Richard Dawkins. Y contra los nuevos reduccionismos cabe sostener, con Isaiah Berlin y Michael Oakeshott, que el futuro no está escrito, sino que permanece abierto a todas las contingencias. De ahí que frente al determinismo haya que oponer el posibilismo de Albert Hirschman, fundado en la incertidumbre: la fuente de la democracia, para Adam Przeworski.

La segunda cuestión a debate, muy aireada por sociólogos como Anthony Giddens (y entre nosotros Manuel Castells), es la conocida globalización, que divide a los expertos en apologistas y detractadores. Como se trata de un lugar común, no entraré en detalles. Pero puestos a citar temas en discusión, cabe destacar conceptos como los de incertidumbre y complejidad, propuestos por Luhmann y Morin, que cuestionan la fragmentación de lo social, o los de riesgo y reflexividad, que usan Ulrich Beck y Giddens para bautizar la generación de desorden espontáneo y la anticipación de imprevisibles efectos perversos.

Queda la tercera línea de conflicto, que es la cuestión de la ciudadanía, entendida como reconocimiento de los derechos civiles, políticos y sociales que son inherentes a todos los seres humanos, sea cual fuere la jurisdicción territorial que deba protegerlos. Su contrario es la exclusión social, que hoy amenaza a dos tercios de la humanidad, tanto si sobreviven fuera de nuestras fronteras como si malviven dentro, reducidos al papel de inmigrantes o parias marginales. Así surge el multiculturalismo, o coexistencia bajo un mismo suelo estatal de comunidades

heterogéneas entre sí: sea por su renta, su etnia, su edad o su sexo. Teóricos como Will Kymlicka o David Held reivindican una más plena ciudadanía multicultural o cosmopolita, mientras que liberales como Giovanni Sartori oponen serios reparos. Y cabe augurar que este conflicto seguirá abierto en carne viva durante los próximos 25 años.